

III

Y el simón siguió su rumbo, ciudad adentro, y Carolina y Salvador no se opusieron á su marcha incierta; dejábanse llevar, á la ventura, como en dulce sueño del que no quisieran salir para no tropezar de nuevo con la realidad de que maravillosamente los alejaba aquel carruaje desvencijado y sucio. ¡Que no parara nunca, que continuara así, cruzando las calles pecadoras de la inmensa ciudad sin entrañas, y á ellos se los llevara más allá, más, adonde no les preguntaran nada, adonde les permitieran intentar una existencia ignorada de seres que no pudiendo remediar la maldad humana y arrepentidos de la suya propia, resolvían marcharse lejos, y emprender su viaje de desengaño sin participarlo á nadie, sin aconsejar que nadie se parta de sus hábitos y deleites, sólo juntando sus voluntades y sus cuerpos, sólo asidos de la mano y deseosos de desertar cuanto antes el pueblo grande en que sufrieron!...

A entrambos, sin embargo, preocupábalos parecida idea: ¿adónde pararían, en efecto?

Su anhelo de que el simón no se detuviese, de que los sacara de la ciudad iluminada artísticamente en sus calles y tiendas, desde hacía una hora; palpitante de vida y de bullicio, conforme á sus centros enderezaba el vehículo, era, como todos los anhelos, irrealizable. En cambio, al ir aproximándose á Palacio—trotaban ya por las calles de Jesús, con terso piso de asfalto que apaga y suaviza el rodar de los carruajes; con muchedumbre de comercios, de tenerías, principalmente, que por puertas y ventanas

respiran acres bocanadas olientes á suela y pieles; con muchedumbre de personas en las aceras y á la mitad del arroyo, yendo, viniendo, estacionándose, mucho obrero, curtidores en su mayoría,—al ir aproximándose á Palacio, cuyo baluarte sur destacábase, el simón, con tardos andares por lo exagerado del tráfico de la calle de Porta-Cœli que en la Plaza de Armas desagua su caudal de transeuntes, vehículos y tranvías eléctricos que la han inundado á partir de la esquina de la de San Bernardo, Salvador y Carolina tuvieron que hablarse, que decidir algo en el acto porque el auriga, colgándose del pescante, había dos veces que preguntaba:

—¿Adónde vamos, jefe?...

En la precisión de resolver el conflicto, reinó la angustia unos instantes, dentro del coche. Carolina soltó la mano del pintor, y éste quedóse meditabundo y vacilante... Por providencia pronta, ordenó al auriga lo que primero vinole á las mientes, un pretexto:

—¡Párate junto á los trenes de la Villa!...

Pasaron por todo el frente de Palacio, comprendiendo que el momento de la resolución definitiva era llegado. Todavía mientras el cochero contó monedas en la palma de su mano á fin de entregar la vuelta del billete de á cinco pesos con que Salvador le liquidaba, Salvador y Carolina permanecieron lado á lado cual personas de intimidad á las que nada de anormal ocurre; pero cuando el simón arrancó, que fné bien pronto; cuando quedaron los dos solos en el ángulo del «Zócalo», tan concurrido siempre, apartáronse el uno del otro por instintivo movimiento, sin saber cómo principiarian á hablarse, ni lo que harían con sus cuerpos y sus voluntades libres.

—¿Quieres que nos sentemos por aquí?...—propuso él para ganar tiempo.

F. GAMBOA

Y para ganar tiempo también, Carolina aceptó.

Al instalarse en uno de los interiores bancos de hierro, donde menos los delatara la luz, el reloj de la catedral sonó las ocho, y en el kiosco del jardín rompió á tocar una banda de caballería. La música y los vecinos de asiento—tres individuos mal trajeados que fumaban y reían de la narración de sus asuntos,—vinieron en su auxilio y consigo mismos justificáronlos de no resolverse á empezar la conversación inevitable; la música, habríalos obligado á hablar en voz muy alta, y los vecinos de asiento habríanse enterado de todo lo grave que era fuerza se hablaran. Poco á poco fueron aislándose de cuanto los circundaba: de sus vecinos; de los concurrentes que bajo el kiosco giraban y giraban; de los que desfilaban por delante de ellos y los miraban apenas en su discreta penumbra; de la música que, por intervalos, cesaba de tocar, y en vez de notas dejaba oír el ruido complejo de tantos pies caminando sobre la arena de las callejas y sobre la piedra de los enlosados, de tantas voces, de tantas risas, risas y voces toscas, de gente humilde que es la que forma el grueso de la concurrencia de estos diarios conciertos al aire libre. Poco á poco Salvador y Carolina, pensando en lo pasado, en el encuentro de esa tarde, en lo que hubieran de hacer después, fueron perdiendo la conciencia del sitio en que se hallaban, y, mecidos por sus recuerdos, por la música que oían confusamente, examinándose de reojo y palpando mudanzas grandísimas en sus personas: Carolina, si no fea, sí camino de la fealdad, marchita de años y trabajos; Salvador, de viejo prematuro, el cabello entrecano y en el rostro arrugas, los surcos impresos por las duras llantas de la pobreza y de los vicios, comenzaron ambos por preguntar los mutuos sucesos que ignoraban y que á no haber resultado cual resultaron, habríanse tomado por las

RECONQUISTA

preguntas sin sabor ni substancia que en las entrevistas trascendentales formúlanse mientras la voz se afirma y el ánimo se serena:

—¿Y tú papá?—inquirió Salvador, harto emocionado, volviendo la cara á los soldados filarmónicos que descansaban en el kiosco, de codos encima de los barandales.

—¡Murió!—repuso Carolina, lacónica,—¡hace dos años!...—Y su rostro se contrajo, de pena sería, con lo opinado de la evocación.

Salvador sintió como si sus remordimientos aumentaran con la fúnebre noticia, no obstante que la muerte de don Florentino, viejo é incurable, hubiera debido considerarla naturalísima. Sin embargo, se estremeció de oírlo y buscó el semblante de la muchacha, que lo hurtaba conteniendo nuevas lágrimas, para deletrear en él lo que con esta otra desgracia habría sufrido. De no encontrarle la cara y de imaginar el tormento doloroso, interrogó asombrado, muy quedamente:

—¿Y qué has hecho tú? ¿qué hiciste entonces?...

Estrechada por la pregunta y por las lágrimas que pugnarían por salirsele, Carolina respondió alzándose de hombros, dibujando con la mano que apretaba el pañuelo una desmayada curva en el aire, que Salvador tradujo á maravilla, lo mismo que si palabra por palabra le contestasen. Carolina respondíale que ignoraba lo hecho entonces y lo hecho después, que no sabía precisar lo, pues en tantas ocasiones que tenía el preguntado, ora resultábale que había hecho mucho, ora que había hecho muy poco: padecer y llorar, seguir viviendo como todos vivimos, padecemos y lloramos cuando la desgracia se ensaña en contra nuestra y no podemos huirla ni defendernos de ella... Luego, añadió cual si de veras Salvador leyese sus pensamientos:

F. GAMBOA

—¡Rezar!... ¡pedirle á Dios que no me abandonara!... Mentalmente, para mejor grabársela, repitióse Salvador la frase última, sorprendido de no estimarla pueril ni inadecuada: «¡Pedir á Dios!...»

...Sí, sólo así, en efecto, creyendo en Dios, habría podido Carolina resistir la orfandad, el abandono de él y la pobreza que á la legua advertíase en el pergeño y palideces de la chica. A fin de que no se le disipase la dulce impresión que le originara el escuchar el nombre de Dios en persona tan desdichada, cerró los ojos y se arrimó á Carolina, murmurando:

—¿Y Dios te oyó?...

—Tú puedes contestarlo—replicóle ella.—¿Quién, si no, te mandó á buscarme?...

Los añejos descreimientos del artista, de nuevo sojuzgaronle, pero no quiso destruir la fe sencilla de Carolina que tan hermosamente creía en la intervención divina. Él no decidíase á creer con firmeza tamaña, aunque sí reconociese que había algo, un poder extraño, una voluntad superior á la suya, la conciencia del deber empujándolo á que reparara una falta; fuerzas que nada tenían que ver con milagros ni órdenes de lo alto... Para que Carolina no interpretara mal su mutismo y fuera á pensarse que él había pasado diversamente, le contó sus penas:

—¡Si supieras á mí lo mal que me ha ido!... Perdí á mis hijas, á las dos... ¿te acuerdas de que eran dos?

—¿Las dos han muerto?—le preguntó Carolina, asustada.

—¡Casi!... Evangelina se me casó, y vive pobre y sin dicha en un rincón del mundo... Y Magda, de monja, en Barcelona ó en Roma, yo no sé donde...—Y en las rodillas los codos, Salvador apoyó las sienes en las palmas de sus manos.

RECONQUISTA

De la Catedral desgranáronse las catorce campanadas lentas de las diez: los cuatro cuartos en un tono, y la hora en otro, más grave. La banda de caballería se dispersó, y de su menesteroso auditorio apenas si quedaba nadie, casi todos partidos desde antes, por encontrar abiertas aún las casas de vecindad en que moran y que á las diez en punto se cierran. La entera Plaza de Armas entraba en muda; las puertas de Palacio, ya se habían clausurado; la Catedral, se arrebuja en sombra; los tranvías disminuían, apagábase el ruido; en el Portal de las Flores, desierto, resonaban con más consistencia las pisadas de los cuantos que le cruzaban de prisa, y sólo el Ayuntamiento, con algunos balcones alumbrados, arriba, y la administración principal de coches de punto, abajo, abierta todavía, sólo el Portal de Mercaderes y la bocacalle de Plateros, concurrida siempre de viandantes y carruajes, persistían en su latir de entrañas y arterias sin sosiego. Por las afueras del «Zócalo» y por los bancos del jardín del atrio de la metropolitana, comenzaba á distinguirse bultos sospechosos de ramerías baratas y lamentables, que amparadas por la soledad y lo negro, como lobas hambrientas que son, por ahí se apostaban en acecho de sus víctimas y de sus parroquianos: los soldados que no pudieron reintegrar el cuartel al toque que los llamaba; los precoces voceadores de diarios y papeles; los rateros é individuos que no saben dónde dormirán, ó que intermitentemente duermen en los bancos de los parques, de donde son levantados por los gendarmes que con ellos cargan á las comisarias ó los sentencian á continuar caminando toda la noche, por ser prohibido que nadie duerma en los jardines...

Azorados ante el silencio, Salvador y Carolina comprendieron que era arribado el instante en que debían juntarse ó separarse para siempre. Y como ni el uno ni el

F. GAMBOA

otro querían lo segundo—¡oh, no!—Salvador, por hombre, hubo de tomar la iniciativa; una iniciativa que lo conciliaba todo, que ahorraba explicaciones enojosas y pormenores importunos. So pretexto del frío, que no dejaba de explicarse, se levantó el primero:

—¿Quieres que nos vayamos? .. ya es tarde y yo me he helado... ¡Ven, anda! Y le ofreció su brazo, que Carolina aceptó, resuelta, luego de rapidísima vacilación en la que sabe Dios qué cosas pensaría.

—Tomaremos algo—insinuó el artista cuando echaron á andar,—¿qué prefieres? ¿qué tomas por las noches?...

—Me es igual—replicó Carolina, sumisa,—lo que tomes tú; pero no me llesves á sitio en que nos vea mucha gente...

De la Plaza fuéronse en derechura al Empedradillo, y por la calle del Cinco de Mayo doblaron á su izquierda caminando despacio, gustando ambos de sentirse tan próximos y sin experimentar, ello no obstante, torcido apetito ni torpe deseo. Conforme adelantaban en la ancha vía solitaria, á su fondo divisaban, destrozada, la enorme mole del pobre Teatro Nacional, que echaban abajo para prolongar la avenida. Y visto á distancia lo que del imponente inmueble se conservaba en pie aunque á punto de caer, unas columnas por los suelos, en pedazos; gruesos cilindros de piedra junto á montículos de escombros y de tierra, en cuyas cimas titilaban las flamas diminutas de las linternas de aviso de los veladores; otras columnas en su sitio todavía, pero truncas, no sustentando nada, ociosas y condenadas á rodar mañana y morder el polvo; vistos los andamiajes destructores y la luz de luna que más allá de pórticos y vestíbulo daba de lleno en lo que había sido sala y escenario, desolados también y también sem-

RECONQUISTA

brados de escombros, de tierra, de vigas enormes que asomaban sus extremidades amenazantes y erectas, como bestias fantásticas que salieran calladamente de los removidos cimientos á disputar la inviolabilidad de sus viejos nidos; visto el conjunto todo de despiadada ruina, que obligaba á pensar en las catástrofes y los siniestros que de tiempo en tiempo se descuelgan sobre las fábricas resistentes, y las arrasan: los terremotos, los incendios, las guerras; viendo aquello, según al término de la calle aproximábanse Salvador y Carolina, Salvador se detuvo, y extendiendo su brazo libre, exclamó:

—¡Eso somos nosotros, mira!!... Ruinas de nosotros mismos, pedazos de un edificio echado abajo por los golpes brutales de albañiles ignaros que pegan donde se les manda que peguen, y destruyen ciegamente, habitados á su labor impía, sin saber lo que hacen, sin oír los lamentos de lo que rompen, sin curarse de las bellezas que aniquilan, de las tradiciones que destrozan, de los sueños que interrumpen... Si todas esas piedras y esas vigas y ese polvo pudieran hablar, oiríamos sus quejas, sus protestas, sus lamentaciones; nos recitarían los versos de Miguel Angel, grabados en el pedestal de «La Noche», su estatua dormida en la tumba de Julián y Lorenzo los magníficos, allá en Florencia:—«Dormir es dulce, y, más aún, ser de piedra, »en tanto duren el mal y la vergüenza. No ser nada, no »sentir nada, es mi ventura... Así, no me despiertes... »¡habla bajo!» Es que al polvo, y á las vigas, y á las piedras los hemos declarado insensibles, porque sí, por lo que declaramos tantas cosas, arbitrariamente, presuntuosamente, cuando nos conviene declararlo... Da tristeza, ¿verdad?... ¿No te entristece á ti contemplar este esqueleto disforme que se resiste á que acaben con él?... ¿No te entristece que los hombres seamos tan implacables?... A mí,

sí, y mucho, porque palpo que nuestra implacabilidad es mal sin remedio, que lo mismo ejercitamos en las personas que en las cosas... Y desde que le dieron á este infeliz el primer barretazo, seguido luego de ciento, y de mil, y de los millones que le han descargado y descargándole siguen, tontamente si quieres, yo me afligí con él, y á los principios de la demolición propúseme estar viniendo á ayudarlo á bien morir, de lejos siquiera, como nos detenemos á ver una riña á mano armada, hasta que uno de los reñidores cae y el otro huye; como consentimos en que varios gendarmes se ensañen contra algún ebrio que los resiste; como vamos en masa á presenciar un fusilamiento, el crimen de los más sobre los menos, la venganza de toda la sociedad que carece de poco, sobre un desventurado que sólo posee su crimen... ¿No sabías que me he vuelto socialista? pues sí, eso dice Covarrubias, aquel mi amigo de quien tanto te hablaba ¿te acuerdas?... Te decía, que estuve viniendo á presenciar el derrumbe, muy puntual; y los ingenieros, mis conocidos, simpatizaron con mi chifladura, colocábanme en buenos lugares para que sin riesgos contemplara cómo podemos derribar y demoler lo que es mucho más grande que nosotros... ¡ni más ni menos que las hormigas, hija mía!... Muchos hombres, fuertes y juntos, cayendo encima de un punto débil que puede más, débil y todo, que los hombres juntos y fuertes... Y ¡¡vengan más hombres, es decir, vengan más gusanos, pues gusanera somos, queramos ó no, vengan más barretas, más hierros, más picos, y, hala, á golpear, á herir, á machacar!... y los hombres, jadeantes, sudando, encorvados los torsos, palpitantes los pechos, hinchadas las venas, golpea y golpea! Y al cabo de los días, de los meses, de los años si no se emplearan dinamitas y pólvoras, han muerto algunos fuertes, se han cansado otros, se ha llamado á más jóvenes, á más fuertes,

y la piedra, el árbol, la tierra, ¡lo grande de veras!, apenas si luce una cicatriz risible, que se ríe, en efecto, de que el rey de lo creado sea tan pequeño y miserable... ¡Oh, un cuadro, un cuadro portentoso que pintaré ahora, ahora que ya te tengo á ti, ese continuo batallar del hombre que por sí solo es tan poco, y, sin embargo, lo realiza todo!...

Carolina no lo interrumpía; reclinada en su hombro, como antes—porque Salvador así habíasela colocado una segunda vez,—le dejaba hablar y accionar frente al teatro ruinoso, que, diríase, los escuchaba por los grandes vanos de su peristilo roto.

Al concluir su tirada, Salvador, enternecido de súbito, comenzó su acto de contrición y arrepentimiento por la seducción y el abandono de aquella mujer que nada reclamaba, que debía haber perdonado de años atrás, y que hoy nada exigía tampoco, nada más que no la abandonaran de nuevo, abandonándose ella, en cambio, femenilmente, de una vez por todas, resuelta á acompañar al que tantas cosas irremplazables habíale hurtado.

—Y yo, yo que predico—siguió Salvador,—sin hacer nada bueno, ¡yo fui contigo más bárbaro é implacable! Con la honradez que me reste, que alguna ha de ser, te pido perdón por lo pasado, te ofrezco un desagravio perenne, de minutos y de segundos; te pido ¡muy humildemente! hasta de rodillas si te place... ¡sí, sí, aquí mismito! (al notar la oposición de Carolina) ¿qué me importa que los que pasan me vean y rían? ¡peor para ellos!... te pido que no me dejes nunca, que conmigo compartas mi miseria y mi despeñamiento!... Si se te gastó el cariño—habría razón y de sobra,—no ha de habésete gastado la piedad, y por piedad bien puedes venir conmigo, como si me dieras una limosna de las tantas que hayas dado á pordiose-

F. GAMBOA

ros y mendigos, al salir tú de trabajar según te veía yo, cuando me querías: con tu cuerpo bellissimo, nimbado de luz, y tu conciencia, tranquila, de virgen moderna que conoce los riesgos y el pecado, pero que sólo peca con su elegido; aunque en ocasiones éste le resulte un criminal como yo te resulté, ¿qué culpa tiene de que no le cumplan lo que le ofrecen?... Tú, tú creíste en mi palabra, ¡bendita seas!, y yo, yo que en nada creo, menos creí en ti, porque eras mujer, ¡qué enormidad!, y es de necio rigor no creer en hembras...

Temblaba Carolina, y Salvador interrumpiase de tiempo en tiempo para tomar respiro, ó para recrearse en sus ojos de gacela que á él deleitáronlo desde antes de los comienzos de sus amores; lo único que los años y las penas no habían ajado en la muchacha.

—... ¿verdad que todavía te queda un poquito de cariño, aunque sea muy poco?—le dijo suavísimamente Salvador, inclinando su cabeza para mejor alcanzar á su oído.—¡Ya verás cómo lo hacemos crecer y cómo nos abriga á los dos, cómo nos compensa de lo que hemos padecido tú y yo, separados por mi culpa! De otro modo, calcula lo que sería de nosotros, cada cual por su lado, sin padre tú, yo sin mis hijas, sufriendo á solas sin dolerle á nadie ¿cuándo nunca le dolimos á alguien?... Únicamente recordando que nos quisimos alguna vez, que podíamos haber vuelto á querernos... ¿Te vienes conmigo?... Poco puedo darte porque nada poseo, ¡nada, nada!... ¡pero cariño sí que te daré, á puñados, y mi arrepentimiento, y haré cuanto me digas, que yo nunca supe hacer maldita la cosa con esta vida mía!... ¿Qué me respondes?...

—¿Te casarías conmigo?—le preguntó Carolina, alejándose de su peligroso contacto.

—En el instante que lo indiques, pero no te me separes

RECONQUISTA

aunque no estemos casados ¡por lo que más quieras!... ¡No me dejes, Carolina, que ni yo mismo podría decirte en dónde pararía si me dejaras!... Ya que te hallé, no vuelvo á soltarte. ¿Te vas conmigo?...

—Echa á andar, Salvador, me voy contigo ¡sobre que sólo Dios sabe cuánto le pedí que me hiciera este milagro! —confesó la muchacha traicionándose á sí misma, trémula de ventura inesperada, segura en esta ocasión de que no la engañaban.

Contentísimo, Salvador pretendía que rindieran gracias al Teatro Nacional en ruinas, por el realizado prodigio; supuesto que de su contemplación había renacido el amor de ambos.

—Debiéramos arrodillarnos ¿qué opinas?

Carolina, sonriente, lo metió en juicio, le recordó que no habían cenado, que las horas corrían. Salvador lo aprobaba todo, prometía inmediatas y duraderas enmiendas; jaló con ella rumbo á su casa, y le ofreció sorprenderla en el camino: no cenarían, porque iban á sonar las once, y fuera de los grandes *restaurants*, á los que no irían por penuria y por escapar á las multitudes maldicientes, los demás comedores baratos y honestos estarían cerrados; pero ya vería, ya vería si no quedaba satisfecha con el sustituto.

Que lo fué, á media calle de la 2a del Factor, un cafetín de mala muerte y peor alumbrado, á cuyo aparador le ponía las maderas de cierre su único camarero, con el delantal echado en la cabeza á manera de tocado que de luna y cierzo defendiéralo.

—¡Buena propina si nos sirves á puerta cerrada! ¿Te conviene?—propuso Salvador al camarero, que interrumpió su faena para examinar al cliente trasnochado que propuesta tan inusitada formulaba.

—Yo por mí, sí—contestó volviendo al ajuste de las

F. GAMBOA

tablas, —pero quién sabe si el patrón querrá. ¡Entren y háblele!

A regañadientes accedió el patrón, dudoso al pronto de si se las habría con señorito *tomado* que anduviera de tuna en profana compañía. Mas, observada la pareja, se convenció de que Salvador estaba en sus cabales y de que Carolina, por su continente serio, mucho distaba de ser una cualquiera. Notificó, sin embargo, que no concedía arriba de una media hora:

—¡Mi café es de pobres y de madrugadores, y hay que abrirlo muy de mañana!

Dueños del establecimiento, Salvador pidió de cuanto hubiera, no mucho por cierto: café ó chocolate; un arroz de leche, espolvoreado de canela; bizcochos, y unas fermentadas jaleas de duraznos y membrillos.

Allí siguieron su charla, en mediana voz para no ser sentidos, á pesar de que el dueño había penetrado en la trastienda, y de que el camarero descabezaba un «pisto» golpeando á compás contra el muro la enmarañada testa.

Desvanecido el primer raptó que tanto entusiasmará á los dos, Carolina, con su habitual entereza, planteaba ahora los inconvenientes y la manera de allanarlos; imponía sus condiciones, serena, pesando ventajas y desventajas, las que probablemente sobrevendrían de la solución recién adoptada. Desde luego, lo más principal á su juicio de mujer virtuosa no obstante haber caído, era descubrir arbitrio de vivir juntos antes de casados. Y en la frase «vivir juntos» hizo prolongado hincapié, muy enrojecidas las mejillas, recatando el mirar á fin de que Salvador comprendiese lo que quería significar, y su propósito firme de salvar los restos de su virginidad desflorada. Salvador en todo opinaba como Carolina:

—Lo que tu digas se hará, mujer, lo que tu digas, siem-

RECONQUISTA

pre que no sea separación nueva, porque á eso sí que me opongo ¡ya lo creo!

Frente á mansedumbre tal, todo, realmente, arregláronlo á la medida del deseo: la fecha del matrimonio doble— pues Carolina no consintió ni que en broma se suprimiera la ceremonia eclesiástica, — para los que Covarrubias y el doctor servirían de testigos; la renuncia de Carolina á su empleo en la fábrica de ácidos; Salvador se caracterizó al oírla insinuar que continuaría trabajando en tanto él volvía á ganar lo necesario:

—Así supiera que mañana nos moríamos de hambre, no te permitiría trabajar ni un minuto ¡que nó!... por mucho que ello sea—añadió al cabo de rápido silencio, —vanidad y disparate, y que en el mundo entero las mujeres trabajen ¡nó y nó!... Sólo que yo enfermara, como tu pobre padre—terminó variando de tono para no lastimarla, — sólo entonces trabajarías tú; de otro modo, dame gusto y ya verás cómo quehacer te sobra dentro de tu casa; tanto vas á tener, que no echarás de menos tus fotografías y tus fábricas de ácidos... En cambio, prepárate á sufrir escaseces, por ser yo pintor de todos los colores... Haz tus cuentas: ¡ni muebles hay siquiera!

Rondaba el patrón á los parroquianos embebecidos en su discreteo, y sin parar mientes en esa impaciencia; por lo que en una de sus vueltas se llegó á la mesa, y, sin más miramiento, los interrumpió:

—Son cinco reales y medio, y aquí lo dejamos. ¡trato es trato!...

Riendo de los rigores del cafetero, pagó Salvador la cuenta, propinó al mozo medio dormido con una peseta que acabó de encandilarlo, y dando el brazo á Carolina, cual si ya fuese de veras su mujer, con ella salió al frío y al silencio de la calle. Tuvieron que desandar la mitad,

hasta la esquina del Congreso, para meterse en la de la Canoa y ganar la empinada vivienda del artista desvalido. Otro punto de entidad se aclaró al llegar: que Carolina, por vivir en dos cuartuchos interiores de una casa de vecindad en el Parque del Conde, no había menester de avisar á nadie que no dormiría en su domicilio, en el que, por economía y aislamiento, carecía hasta de sirviente.

—Pues ¿cuánto te pagaban en esa tu fábrica?—inquirió Salvador, deteniéndose y soltándola para buscarse su llavín en el pantalón.

—Diez pesos semanarios ¡y gracias!—contestóle Carolina alegremente, á par que alzaba la vista y determinaba la fachada del inmueble.

—¿Qué?... ¿te parece alto?—le preguntó Salvador mientras hallaba á tientas con las yemas de los dedos, la boca de la cerradura,—pues la vista engaña, hija, entérate de que vivo en un nido de águilas...

Soliviantada con la inminencia del momento de prueba y con la catadura interna del edificio que á Salvador albergaba, Carolina, mujer al fin, empezó á desconfiar de sus propias fuerzas y á esquivar al artista, que, so pretexto de guiarla por aquellos laberintos y complicadas escaleras, pretendía sujetarla del talle, asirla un brazo.

—Ve tú por delante—dijole al pintor,—que yo mejor voy tras de ti...

—¡Es que no conoces estos andurriales, mujer, y puedes darte un golpe!—repuso Salvador asiéndola decididamente de su brazo.

Y en tanto duró el cruce del segundo patio; y el subir de la escalera destechada, de su fondo; y el entrarse por pasadizos y tránsitos; y el trepar de la escalera final, hasta su desemboque en la azotea, ambos convencieron de la casi imposibilidad de cumplir con su pacto reciente, aquel

apartamento de sus cuerpos en que, con eufemismos, convinieron, y que había de durar mientras no les dieran permiso civil y permiso canónico de juntarlos cuantas veces lo apetecieran.

Nó, no parecía posible llevar á cabo el casto proyecto, muy hacadero hablado, pero muy cruel en la práctica.

¡Ah! lo obscuro y siniestro de los sitios que cruzaron: ese segundo patio en tinieblas, con las puertas y ventanas de sus varias viviendas, cerradas por completo, y, sin embargo, respirando vida, tercios acoplamientos de miseria, de los que se derraman los hijos, la chiquillería ventruda y sucia que durante el día esmaltaba el piso de tierra en cuya costra corría torcidamente, al igual del líquido turbio de los caños de la viviendas, que iban á perderse en el sumidero de su centro... Esas viviendas altas, cerradas también y con decente fisonomía, de las que asimismo se escapaba, por corredores floridos y vidrieras colgadas de cortinas blancas, rumor casi impalpable, más imaginado que real, de tálamos fecundos, de alcobas en vigilia sin luz, animadas de hombre y mujer estrechándose en la rabiosa caricia suprema con que eternamente se renueva nuestro mundo... El inmueble entero, medio dormido á tales horas... Los adultos, amándose, abrazados; los niños y los viejos, con la vida soñando, y con la muerte...

En la amplia meseta de la escalera destechada, boqueaba la lamparilla suspendida frente á la imagen empotrada en la alta pared medianera. Ahí descansaron Salvador y Carolina, mudos y sin soltarla él á ella, cual si de veras vieran de asomarse á los secretos de las moradas silentes. Recobradas las fuerzas, siguieron casa adentro; Salvador, á cada paso, más pegado á Carolina que se sentía perdida, sin asomos de resistencia, antes con ansias íntimas de besar al pintor bien amado que, al fin, había sacádola del pá-